

en los sueños, sin fallar nunca, las tres cifras del primer premio del sorteo de quiniela que le traía la radio que se escuchaba a toda hora en el almacén, le resultaban extrañamente familiares. La búsqueda de los números que le sonaban conocidos al escucharlos y más aún al verlos escritos en el pizarrón de quinielas no fue sencilla. Un martes en la mañana, al anotar la primera venta del día en el cuaderno donde se registraban minuciosamente, encontró el primer premio del sorteo del lunes en las tres últimas cifras del importe de la primera venta en la página del día anterior. Y en la noche del domingo al lunes había sido de sueño con Don Ahmed. La mañana siguiente a la siguiente noche que el difunto se paseó por sus sueños fue tiempo de poner a prueba la cábala, de esperar ansiosa al primer cliente, de atenderlo, de entregar la mercadería solicitada, registrar la cifra después de cobrar y realizar la jugada con el levanta quinielas del pueblo. Luego tuvo la inspiración que le llevó a hacer que Don Ahmed compartiera con ella la espera ansiosa de la hora del sorteo: depositó la boleta bajo la urna con las cenizas del difunto en la repisa de la estufa en el recibidor. La confirmación de la primera vez que ganó con el sistema la llevó a repetirla una y otra vez que soñara con Don Ahmed. Se encontró así fascinada viendo las evoluciones de las cuentas de uno o más clientes en la mañana siguiente al sueño premonitorio del acierto, preguntándose ¿cuál será de los dos clientes el que primero cierre la venta?, ¿el asistente le ofrecerá algún producto más y cambiará el total?, muchas veces se tentaba en hacer un descuento redondeando la cifra para que concordara con un número que le gustaba, para quedarse después angustiada de no haber ido demasiado lejos. Pero no. El sistema, con la custodia de la urna incluida, fue siempre infalible. Tanto que para no levantar sospechas por el juego y acierto seguro, cada vez por montos mayores, comenzó a realizar la jugada en una agencia de Minas por vía